

#### IV.

##### Una tia del Mediodía.—Recuerdos de la infancia.

La casa Portal, donde habita el grande hombre de Aps mientras permanece en la Provenza, se cuenta entre las curiosidades de la localidad; figura en la *Guía del viajero*, lo mismo que el templo de Juno, el Anfiteatro y la Torre de los Antoninos, antiguos vestigios de la dominación romana, de los que la ciudad se enorgullece, conservándolos cuidadosamente.

Pero lo que más se señala á la admiración de los extranjeros en aquella vieja construcción provinciana, no es la puerta que da á la carretera, pesada, casi oculta bajo enormes cabezas de clavos que la fortalecen; ni las altas ventanas, erizadas de espesas rejas, que figuran simbólicos hierros de lanza: es el balcon del primer piso, un balcon estrecho, de negros barotes, que se levanta encima del pórtico.

Allí es donde Roumestan, cuando llega, se presenta á la muchedumbre y la arenga; y toda la ciudad podría atestiguar que las rudas puñadas del orador han bastado para hacer aquella curva graciosa, aquel aplastamiento original en el balcon, en otro tiempo más recto que una escuadra.

—¡Té! ¡Vé!..... Nuestro Numa ha encorvado el hierro.....  
Y cuando os dicen esto las gentes, poniendo los ojos casi

en blanco, hacen rechinar la *r*—*encorrrrvado el hierrro*—de manera que no os permiten ni sombra de duda.

La raza de Aps es altiva y fiel; pero de gran vivacidad de impresiones, de una intemperancia de lenguaje extravagante; la tia Portal, verdadero tipo de la clase media local, puede servir de ejemplo.

Enorme, apoplética, rebosando la sangre en sus mejillas rechonchas, en contraste con un cutis de vieja rubia; la garganta muy blanca; la frente adornada con amplias cocas de nacarado mate, que salian de una papalina de cintas de color de malva; con aspecto majestuoso y agradable sonrisa: así se os aparece la Sra. Portal en medio de su salon, siempre herméticamente cerrado, según la moda del Mediodía, y semejante á un retrato de familia, á una anciana marquesa de la época de Mirabeau, perfectamente colocada en aquella vieja casa que hizo construir há ya cien años Gonzaga Portal, consejero jefe del Parlamento de Aix.

Pero cuando habláis con la tia de Numa, si teneis la genialidad de decir que los protestantes valen tanto como los católicos, ó que Enrique V no está próximo á subir al trono, aquel viejo retrato se lanza violentamente de su marco, y las venas del cuello se le hinchan, sus manos crispadas desarreglan á tirones las bellas cocas, embárgale espantosa cólera mezclada de injurias, de amenazas, de maldiciones; una de esas cóleras famosas en la ciudad, y de la cual se refieren laneces muy originales.

En una *soirée*, en su propia casa, su criado dejó caer una bandeja llena de vasos: la tia Portal grita, se subleva poco á poco, llega al delirio violento, y su indignación no encuentra palabras para expresarse; y entónces, ahogando todo lo que aún le resta que decir, y no pudiendo pegar al malhadado criado, que prudentemente había huido, se pone su falda de seda en la cabeza, se oculta allí, comprime y retuerce sus gru-

ñidos y sus muecas de furor, no importándole un bledo enseñar á sus convidados los bajos de sus blancas y almidonadas enaguas.

En cualquiera parte del mundo se la hubiera tratado de loca; pero en Aps, país de cabezas calientes, explosibles, ya puede uno contentarse con no hallar más que una señora Portal.

Verdad es que si se cruza por la plaza Cavalerie, en una tarde bochornosa, en que el canto de la cigarra y algunos arpegios de piano animan el silencio claustral de la poblacion, se suelen oír, á través de las rendijas de la antigua morada, extrañas exclamaciones de la dama excitando el celo de sus domésticos:

—¡ Monstruo! ¡ Bandido! ¡ Asesino! ¡ Ladron de curas!..... Yo te cortaré un brazo..... Yo te arañaré la piel del vientre.....

Y las puertas golpean, los tramos de las escaleras tiemblan bajo las bóvedas resonantes, enjalbegadas con cal; las ventanas se abren con estrépito, como para dejar paso á los jirones arrancados á los infelices criados, quienes continúan sin embargo desempeñando su oficio, acostumbrados ya á tales tempestades y sabiendo que son en ella una simple manera de expresarse.

Pero, en resúmen, es una excelente mujer, apasionada, generosa, con esa necesidad de agradar, de prestar favores, de ponerse á cuatro piés, como se suele decir, por el bien de cualquiera; y de esto, que es una de las cualidades de la raza, Numa habia experimentado, más que nadie, los buenos efectos.

Desde que fué elegido diputado, la casa de la plaza Cavalerie era suya, habiéndose únicamente reservado la tía Portal el derecho de habitar allí hasta su muerte.

Y ¡ qué alegría era para ella la llegada de sus parisienses, con todo el ruido y el movimiento de las serenatas, las recep-

ciones, las visitas con que la presencia del grande hombre animaba su vida solitaria, ávida de exuberancia!

Ademas, amaba á su sobrina Rosalia por el mismo contraste de sus dos naturalezas, y con todo el respeto que le imponía la hija del presidente Le Quesnoy, el primer magistrado de Francia.

Y verdaderamente, la jóven señora Rosalia necesitaba una indulgencia singular, el culto de la familia, que habia recibido de sus padres, para sufrir por espacio de dos meses las genialidades, las pesadas sorpresas de su marido, de aquella imaginacion en desórden, siempre sobreexcitada, tan movable como perezoso era su enorme cuerpo.

Sentada en el fresco vestibulo como en un patio morisco, donde se concentraba un fuerte olor á humedad, á cuarto cerrado, Rosalia, con una labor de tapicería entre los dedos, ya que, como buena parisiense, no podia permanecer ociosa, escuchaba durante dos horas las confidencias sorprendentes de la buena y gorda mujer, que se hallaba como sepultada en un sillón, enfrente de ella, con las manos libres para gesticular mejor, recorriendo hasta perder el aliento la crónica chismográfica de la ciudad, sus historias con las criadas y con el cochero, de las cuales hacia, segun la hora y el capricho, ó dechados de perfecciones, ó monstruos, apasionándose siempre en pro ó en contra de cualquiera, y llevando la antipatia en ocasiones á referir lances espantosos, romancescos, invenciones sombrías y sangrientas.....

Pero Rosalia, viviendo cerca de su Numa, habia adquirido ya la costumbre de sufrir aquellas exageraciones, aquel frenesí de palabras: apénas se preguntaba alguna vez cómo habia podido entrar en semejante familia de cómicos, hinchados de frases y de gestos; y era menester que la historia fuese muy fuerte para que, como al descuido, tratase de contenerla, diciendo:

—¡Oh, tía, por Dios!.....

—¡Ah!—solía contestar la tía Portal.—Teneis razon, niña mía..... Quizás exagero un poco.....

Y, sin embargo, no se calmaba sino para referir su único viaje á París, y las maravillas del pasaje del Salmon, donde se habia hospedado en un hotel que frecuentaban todos los comerciantes del país; y en todas las historias de la buena mujer aparecia siempre ese pasaje del Salmon, como centro de la elegancia y mundano por excelencia.

Y estas conversaciones vanas y fastidiosas se tenian en el lenguaje más divertido, más original que puede imaginarse, porque la tía Portal detestaba el lenguaje del país, aquel *patois* admirable, lleno de colorido y encanto, que vibra como un eco latino por encima del mar azul.

El desprecio de la señora del Mediodía hacía el idioma de su provincia se extendia á los usos, á las tradiciones, hasta á las costumbres locales: del mismo modo que la tía Portal no queria que su cochero hablase el provenzal, no hubiera sufrido en su casa una sirviente con las cintas y el *fichú* arlesianos.

No permitia que *llevasen sombrero*: el sombrero en Aps es el signo distintivo, jerárquico, de una ascendencia acomodada, y él solo basta para que se conceda el titulo de señora á quien le usa; título que se niega á las mujeres del pueblo.

Es necesario ver con qué afectacion de superioridad la esposa de un capitan retirado ó de un oficial de la alcaldía con mezquino sueldo, que va ella misma á la compra todas las mañanas, habla desde lo alto de su gigantesca capota á alguna riquísima hortelana de Crau, que ostenta en su cabeza una *cambresina* guarneecida de verdaderos encajes antiguos.

En la casa Portal las señoras llevaban sombrero hacia más de un siglo, y esto bastaba para que la tía fuese desdeñosa con todo el mundo.

Ocurrió, por tal causa, una terrible escena á Roumestan, algunos dias despues de la fiesta de las Arenas.

Era un viérnes, á la hora del almuerzo; un almuerzo del Mediodía, fresco y agradable á la vista, pero rigurosamente frugal, compuesto de platos ligeros entre alcarrazas de agua fría y frascos de vino dulce, miéntras que afuera vibraban los rayos del sol, y un vivo destello rubio se deslizaba por las rendijas en el inmenso comedor, embovedado como refectorio de convento.

Humeaban, empero, en medio de la mesa dos hermosas chuletas para Numa; porque aunque este nombre era bendecido en todas las congregaciones y mezclado en todas las oraciones, y tal vez por eso mismo, el grande hombre de Aps tenia una despensa de obispo, y se atracaba brutalmente, el único entre todos los de la familia, cortando la ensangrentada carne con sus manos gruesas, perfectamente sereno, sin ocuparse de su mujer y de su cuñada, que se llenaban de higos y melones.

Rosalía estaba ya acostumbrada: aquel ayuno ortodoxo de dos dias por semana formaba parte de su dote anual, con el sol, el polvo, el mistral, las historias de la tía y los oficios del domingo en Santa Perpétua; pero Hortensia comenzaba á sublevarse con todas las fuerzas de su jóven estómago, y era necesaria la autoridad de su hermana mayor para taponarle la boca, cuando soltaba algunas frases alusivas, de niña mimada, que destruian todas las ideas de la Sra. Portal acerca de la educacion y la obediencia de las señoritas.

La muchacha se contentaba con comer todas las fruslerias que le daban, mirando al soslayo las chuletas destinadas á Roumestan, y diciendo por lo bajo á Rosalía:

—¡Qué poco es esto!..... Justamente he corrido mucho á caballo esta mañana, y tengo un hambre que no veo!.....

La jóven estaba aún con su traje de amazona, que caía

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1025 MONTERREY, MEXICO

fectamente sobre su talle largo y flexible, y con su pequeño cuello de muchacho que adornaba su garganta:

—¿Á propósito, Numa..... ¿Y Valmajour? ¿Cuándo iremos á verle?

—¿Á quién, á Valmajour?—dijo Numa, cuya cabeza ligera habia perdido ya el recuerdo del tamborilero.—¡Té! ¡Es verdad! ¡Valmajour! Ya no pensaba en él..... Pero he prometido ir á ver á sus padres ántes de mi regreso á París..... ¡Qué artista!

Y se exaltaba, y figurábase que veía los arcos de las Arenas como estremeciéndose al ritmo sordo del tamborilero, que repetía en su memoria y que le escarbaba en el estómago.

Y decidiéndose de repente, exclamó:

—Tía Portal, prestadnos la berlina. Ireños despues de almorzar.....

El entrecejo de la tía Portal se frunció sobre sus dos grandes ojos, que brillaban como los de un ídolo japonés.

—La berlina..... vaya..... ¿Y para qué? Al ménos, no llevarás á estas señoras á la casa de ese gaitero de *tutu-pan-pan*.....

Este *tutu-pan-pan* imitaba tan bien al doble instrumento, flauta y tambor, que Roumestan se echó á reir; pero Hortensia tomó la defensa del tamborilero provenzal con gran vivacidad..... De todo lo que llevaba visto en el Mediodía, aquello era lo que más le habia impresionado, y ademas no sería justo faltar á la palabra dada á tan buen muchacho.

—¡ Un gran artista, Numa!..... Vos lo habeis dicho.

—Sí, sí; teneis razon, hermanita; es necesario ir.

La tía Portal, sofocada, no comprendía cómo su sobrino, diputado, se rebajaba hasta ir á visitar unas gentes que, de padres á hijos, tocaban la flauta en las fiestas de la aldea; é identificándose por completo con su idea, imitaba los gestos del músico, doblaba los dedos de una mano como si

los pusiera sobre una flauta, y con la otra golpeaba la mesa.

—¡Vaya una linda cosa para enseñarla á las señoritas!..... No, no es posible que haya otro hombre como este Numa..... ¡ Ir á casa de los Valmajour, Santa Madre de los Angeles!.....

Y así, exaltándose por momentos, empezaba á cargarles de todos los crímenes conocidos, á hacer una familia de monstruos, tan histórica y ensangrentada como la familia de Trestaillou..... cuando se apercibió de que Meniclo, el criado, que era del país de los Valmajour, se hallaba al otro lado de la mesa, y lo oía todo, mostrando el asombro en su faz emboada.

Al punto, con voz terrible, le mandó que fuera á mudarse á escape, y que tuviera enganchada la berlina para las dos..... *ménos un cuarto*.

Todas las cóleras de la buena mujer concluían de igual modo.

—¡ Oh! ¡ Bravo! ¡ bravo!—gritó Hortensia tirando su servilleta y corriendo á abrazar á la gruesa señora y á besarla en las dos mejillas.

Y reía y saltaba de contento, exclamando:

—Despáchate, Rosalía.....

La tía Portal miraba á su sobrina.

—¡ Ah, ya! Rosalía, yo espero que no iréis á correr por esos caminos con estos dos muchachos.....

—No, tía mia, no; me quedaré con vos—respondió la joven, sonriéndose ante el papel de vieja, que su resignacion amable habia concluido por darle en aquella casa.

Meniclo estuvo dispuesto á la hora señalada, pero se le dijo que fuera delante y que esperase en la plaza de las Arenas, miéntras Roumestan partía á pié con su cuñada, deseosa de ver la poblacion de Aps, del brazo del grande hombre, y la casa donde él habia nacido, y seguir por las callejuelas los pasos que anduvo en su niñez y en su juventud.

Era la hora de la siesta: la ciudad dormía, desierta y silenciosa, acariciada por el *mistral*, que soplabá como un poderoso abanico, ventilando, vivificando el estío ardiente de la Provenza, pero haciendo difícil la marcha á lo largo de aquellas angostas callejuelas por donde él podía circular libremente.

Hortensia, agarrada con las dos manos al brazo de su compañero de viaje, andaba con la cabeza baja, desvanecida y sofocada, y sin embargo, alegre y feliz al sentirse impulsada, levantada por aquellas ráfagas que parecían olas, por sus gritos, por sus ayes, por su turbia polvareda.

Roumestan quería llegar pronto al carruaje; pero ella se encariñaba con tan difícil paseo, y anhelante, derrotada por el torbellino que le arrollaba tres veces al sombrero el velo de crespon azul, y que la arrebuja por delante su traje corto de viajera, decía:

—Pero ¡qué infame es la Naturaleza! Rosalía detesta el viento, y dice que le arranca las ideas, que la impide pensar.... Yo no: ¡el viento me exalta!....

—Como á mí....—exclamó Numa, que tenía los ojos llenos de lágrimas y que agarraba el sombrero para que no volase....

Y de repente, al doblar una esquina, gritó:

—¡Ahí está mi calle! ¡Ahí he nacido yo!

El viento amainaba; es decir, se le oía soplar á lo léjos, como cuando se oye en el fondo del puerto, en tranquila bahía, el ruido de la mar lejana al quebrarse las olas en los arrecifes.

Había allí, en una calle bastante ancha, empedrada de puntiagudos guijarros y sin aceras, una casucha oscura y gris, entre un convento de Ursulinas, sombreado por grandes plátanos, y un antiguo *hotel* de apariencia señorial, con escudo de armas, y en él esta inscripción: *Hotel de Rochemaure*, y

enfrente, un monumento muy viejo, sin carácter, bordado de columnas rotas, de torsos de estátuas, de piedras tumulares atestadas de cifras romanas, y que se intitulaba *Academia*, en letras deslucidas, sobre una lápida de mármol verde.

Allí era donde el ilustre orador había venido al mundo, el día 15 de Julio de 1832.

Roumestan estaba conmovido, como siempre que los azares de la vida le ponían cara á cara con su propia personalidad: hacia ya muchos años, lo ménos treinta, que no había pasado por aquel sitio, y la inmovilidad de todo le impresionaba fuertemente; reconocía en los muros hasta las huellas de sus caprichos de niño; los fustes de las columnas, los preciosos detalles de la vieja Academia proyectaban la sombra clásica de los mismos sitios; los laureles del hotel tenían igual olor acre....

Y mostraba á Hortensia la angosta ventana desde la cual su madre le hacía señas, cuando él volvía del colegio, para decirle á voces:

—¡Sube pronto, que ya ha venido tu padre!

Y á su padre no le gustaba esperar.

—¡Cómo, Numa! ¿Es verdad eso? ¿Habeis sido educado por frailes?

—Sí, hermanita; hasta los doce años de mi edad.... A los doce, la tía Portal me puso en el colegio de la Asuncion, el más *chic* de la ciudad....

Y recordaba temblando toda su vida de niño: las correas de cuero, la inmensa clase donde recitaba de rodillas las lecciones, donde el menor castigo consistía en palmetazos, el fraile, tieso y rígido bajo su vieja sotana, el hermano *Bota de cocer*, según se le llamaba, porque también á la cocina pertenecía; hasta el ¡*han!* del buen fraile y el abrasador golpe de la palmeta en la punta de los dedos llenos de tinta y henchidos por el dolor del hormiguelo de picaduras....

Y como Hortensia se indignase de la brutalidad de semejantes castigos, Roumestan le contaba otros más feroces todavía: cuando era necesario, por ejemplo, barrer con la lengua el suelo recientemente regado, cuando el polvo estaba convertido en cieno, desollando, dejando en carne viva el tierno paladar de los culpables....

— ¡Pero eso es horrible! ¿Y vos defendeis á esas gentes? ¿Vos hablais en la Cámara á favor de ellas?

— ¡Ah, hija mia! Tal es la política.... — dijo Roumestan sin turbarse.

Y hablando así, seguían por un dédalo de callejuelas oscuras, orientales, donde las mujeres viejas dormían sobre una piedra, á la puerta de la casa, y por otras calles ménos oscuras, atravesadas en su latitud por grandes tiras de percalina impresa, balanceándose á manera de enseñas, cuyas inscripciones decían: *Mercería, Pañería, Zapatería*....

Llegaron á la que se llama en Aps la *plazuela*: un cuadro de asfalto en liquefaccion bajo el sol ardiente, rodeado de almacenes, cerrados en aquella hora, silenciosos, á cuya sombra roncaban algunos limpia-botas, apoyando la cabeza en la caja de su industria, tendidos á lo largo, como si estuvieran ahogados entre los brazos de la tempestad que se había desencadenado sobre la población.

Un monumento sin concluir adornaba el centro de la plaza: Hortensia quiso saber lo que significaba aquel pedestal blanco y desocupado, y Roumestan sonrió, diciendo algo contrariado:

— ¡Oh! ¡Toda una historia!

La municipalidad de Aps le había votado una estatua; pero como los liberales del país protestaron muy alto contra aquella apoteosis de un hombre que aún vivía, sus amigos no se atrevieron á concluir el monumento. La estatua estaba hecha: sólo se esperaba la muerte de Numa para colocarla sobre el pedestal....

En verdad que es muy lisonjero pensar que vuestros funerales han de ser una gran fiesta cívica, y que se cae en el sepulcro para levantarse al día siguiente en mármol ó en bronce; pero aquel zócalo vacío, resplandeciente con los rayos del sol, le causaba á Roumestan el efecto de un suntuoso sepulcro de familia, y fué necesario que los dos paseantes llegaran á las Arenas para que él lograra dejar ideas tan fúnebres.

El viejo anfiteatro, despojado de la animación ruidosa del domingo, abandonado á su solemnidad de ruina inútil y grandiosa, mostraba sus anchos corredores y pasadizos, húmedos y fríos, donde el fulgor del sol caía por intervalos, donde las piedras se desmoronaban bajo el peso de los siglos.

— ¡Qué triste es eso! — dijo Hortensia, recordando con pesar al tamborilero de Valmajour.

Pero eso no era triste para Numa; en su infancia había gozado allí sus más dulces placeres y alegrías.

¡Oh! Los días de corridas de toros, merodeando al rededor de las puertas con otros niños tan pobres como él, que no tenían diez sueldos para comprar el billete....

Bajo aquel sol ardiente del Mediodía, y con la ansiedad que produce la vista lejana del placer prohibido, miraban lo poco que les permitían los altos muros: un rincón del circo, las pantorrillas de los toreros, los saltos furiosos de la fiera, el polvo del combate que se levantaba entre los gritos, las risas, los bravos, los gruñidos de la muchedumbre que llenaba el monumento....

Detras de éste, la berlina esperaba, al abrigo del sol y del viento, y fué necesario despertar á Meniclo, que se había dormido en el pescante, entre dos cestos de provisiones, enfundado en su pesada levita de color azul realista.

Pero Roumestan, ántes de subir al carruaje, mostró á su cuñada una antigua casucha, la *Posada del Pequeño San Juan*, cuya fachada blanca y grandes cobertizos ocupaba

todo un lado de la plaza de las Arenas, inundado de carros desuncidos y polvorientos, de carretas rurales de toldos grises y con sus largas lanzas á lo alto.

—Mira eso, hermanita—dijo con emocion.—Ahí me embarqué yo para París, hace ya veintiun años.... ¡Entonces no había camino de hierro!.... Se tomaba la diligencia hasta Montlimart, y despues, el Ródano.... ¡Oh Dios mio! ¡Qué contento estaba yo, y cuanto me asustaba vuestro París!.... Era de noche : me acuerdo....

Hablaba con rapidez, sin orden, á medida que los recuerdos le asaltaban.

—Eran las diez, si, en Noviembre.... ¡Una luna tan clara!.... El mayoral se llamaba Fouque, casi un personaje.... Mientras que enganchaba el carruaje, nos paseábamos con Bompard.... Bompard, ya sabeis ; como que ya éramos grandes amigos.... Él era, ó se imaginaba ser, alumno de Farmacia, y contaba con reunirse conmigo en París.... Hacíamos grandes proyectos, grandes sueños de vida comun, para ayudarnos mutuamente y llegar más pronto al fin.... Mientras tanto, él me animaba, me daba consejos ; como que tenía más edad que yo.... Todo mi temor consistía en ser ridículo.... La tia Portal me habia dado un gran raglan para el camino, y yo dudaba un poco del raglan de mi tia Portal ; pero Bompard me hacía andar delante de él.... ¡Ah diablo! Aún veo su sombra al lado mio.... Y, gravemente, con aquel acento severo que tenía, me dijo: «Puedes llevarlo, hombre, que te sienta muy bien : no está ridículo....» ¡Ah, juventud, juventud!....

Y Hortensia, que temia no salir jamas de aquella ciudad, donde el grande hombre hallaba un recuerdo en cada piedra, le impelia suavemente hácia el carruaje, diciendo :

—Si subiésemos al coche, Numa.... Tambien podríamos hablar durante el camino....

## V.

## Valmajour.

Desde Aps al monte de Cordoue se va en dos horas, sobre todo cuando el viento sopla en popa. Más que arrastrada por los dos viejos caballos, la berlina parecia ir sola, impulsada por el maestral, que la sacudia, la levantaba, hundiendo el cuero de su capota ó inflándolo á manera de vela. El viento ya no bramaba como en torno de las murallas ó bajo las bóvedas de las poternas ; libre, sin obstáculo, el maestral parecia arrojar delante de él la inmensa llanura ondulada, en la que algunas quintas aisladas mostraban su masa parda rodeada de verduras, pareciendo una aldea dispersada por la tempestad, que pasaba cual humareda sobre el cielo, sobre los altos trigos, sobre los olivares, cuyas hojas plateadas agitaba formando remolinos, que levantaban oleadas del polvo que crujía bajo las ruedas, al mismo tiempo que obligaba á doblar las cabezas á las apretadas filas de cipreses y de cañas, cuyas largas y murmuradoras hojas producian la ilusion de que un fresco arroyo corria á orillas del camino. Cuando el viento se acallaba durante un minuto, como si le faltára el aliento, se sentia todo el peso del estío ; un calor africano se levantaba de la tierra, que disipaba rápidamente la sana y vivificante borrasca, que extendia su regocijo á lo más lejano del horizonte, hácia las indecisas y parduscas co-

linas que forman el fondo de todo paisaje provenzal, pero que el sol poniente matiza de tintas fantásticas.

Apénas andaba gente por el camino. De cuando en cuando aparecía una carreta, que venía de las canteras cargada de piedras enormes, que deslumbraban la vista heridas por los rayos del sol; luégo pasaba una vieja campesina de la villa Des-Baux, encorvada bajo un manojo de hierbas aromáticas; despues aparecía la capucha de un fraile mendicante, con sus alforjas al hombro y el rosario en la cintura, con el cráneo duro y reluciente cual los guijarros de un río. Matronas y mu- chachas vestidas de gala volvían en carretas de una romería á la Virgen del Bálsamo Santo ó á Nuestra Señora de la Luz, luciendo sus bellos ojos negros y sus moños atrevidos, en los que flotaban al aire lazos de mil colores. Pues bien, el maestral daba á todo esto, así á la dura faena, á las miserias, á las supersticiones del país, la misma apariencia de salud, de buen humor, recogiendo y sacudiendo al cruzarse los gritos con que los carreteros animaban á las caballerías, y los cascabeles y los anillos de vidrio azul de éstas, como á la salmodia del monje, á los cánticos agudos de las romeras, y á la copla popular. Roumestan, inspirado por el aire natal, entonaba, haciendo grandes gestos, líricos que desbordaban por las dos portezuelas:

Bello sol de la Provenza,  
Compadre alegre del maestral.....

Interrumpióse al llegar aquí, y exclamó:— ¡ Eh! Meni- clo..... Meniclo!.....

—¿ Qué ocurre, señor Numa?

—¿ Qué ruina es aquella que se ve allá abajo, al otro lado del Ródano?

—Es el *Joujou* de la reina Juana.....

—¡ Ah! sí, es verdad..... Ya me acuerdo..... ¡ Pobre *Joujou!* Tan desmantelado está su nombre como él.

Numa contó á Hortensia la historia del *donjon* ó torre Real, porque sabía á fondo su leyenda provenzal. Aquella torre arruinada, que se veía en la altura, databa de la invasion sarracena y era ménos vieja que la abadía, de la que no léjos se veía una pared medio arruinada, por los huecos de cuyas estrechas ventanas y de un ancho pórtico ojival se veía el azul del cielo. Mostróle la senda que se veía en la pendiente pedregosa, por la que los monjes bajaban á pescar truchas y anguilas, para la mesa del abad, al estanque reluciente que se destacaba reflejando el cielo cual metálico espejo. Con este motivo explicaba, como de paso, que en los sitios más amenos se instalaban los frailes para gozar la vida recogida y glotona de los conventos que descollaban en las cumbres, de las que descendían para cobrar el diezmo sobre todos los bienes de la Naturaleza en las aldeas circunvecinas..... ¡ Ah! la Edad Media en la Provenza fué la edad de oro de los trovadores y de las gentes de amor..... Ahora las ortigas crecen entre los lares en los que Estefanita y Aralais habian dejado arrastrar sus largos trajes, y en las ventanas, al pié de las que cantaban los trovadores en las oscuras y apacibles noches, se oyen los graznidos de las aves nocturnas. No obstante, aún parecia respirarse en este claro paisaje un aroma de elegante coquetería, de dulzura italiana, el eco de la viola flotando y extinguiéndose en la pureza del aire..... Numa se exaltaba olvidando que no tenia más que á su cuñada y la levita azul de Meniclo por auditorio, y se perdía despues de algunas repeticiones sobre los banquetes regionales ó las sesiones académicas, en una de esas improvisaciones ingeniosas y brillantes, que mostraban en él al descendiente de los superficiales trovadores provenzales.

—Allí está Valmajour—dijo inopinadamente el cochero, inclinándose para mostrárselo con la punta del látigo.

Habian dejado la carretera y subian al monte de Cordoue



por estrecho sendero, resbaloso á causa de las muchas hierbas que, estrujadas por las mismas ruedas, esparcian perfumes penetrantes. Allí era donde habitaban los Valmajour de padre en hijo, año tras año, en el sitio ocupado por el viejo castillo, cuyo nombre habían heredado. Y ; quién sabe ! Acaso aquellos campesinos descendían de los príncipes de Valmajour, que fueron aliados de los condes de Provenza y de la casa de Baux. Hortensia encontró muy de su gusto esta suposición, emitida con imprudencia por Roumestan : así se explicaba ella las maneras verdaderamente nobles del tamborilero. Meniclo oía esta conversacion estupefacto, porque el nombre de los Valmajour estaba muy esparcido en la comarca; habia los Valmajour de arriba y los de abajo, segun que habitaban el valle ó la montaña. « ; Si serán todos grandes señores !..... » Pero el astuto provenzal se calló lo que pensaba. Mientras que subían lentamente descubriendo á cada vuelta del camino el grandioso paisaje, la jóven, á quien la conversacion animada de Roumestan habia lanzado en plena novela histórica, en el coloreado sueño del pasado, aperebiendo en la altura una campesina sentada al pié de las ruinas, medio vuelta y con la mano sobre los ojos para poder mirar el coche que llegaba, se imaginó ver alguna princesa cubierta de rico traje en lo alto de su torre y en posicion romántica.

La ilusion cesó apénas cuando los viajeros, descendiendo del carruaje, se encontraron delante de la hermana del tamborilero, ocupada en tejer los zarzos de junco para los gusanos de seda. La vieja no se levantó, aunque Meniclo le gritaba desde léjos : « ; Eh, Oliverta ! Aquí hay gente que viene á ver á tu hermano. » Su fina faz, regular, oblonga y verde como una oliva, no mostró gozo ni sorpresa ; guardó la expresion concentrada que acercaba sus espesas cejas negras bajo su frente, que revelaba terquedad. Roumestan, un poco sorprendido con tanta reserva, se dió á conocer, diciendo :

— Numa Roumestan..... el diputado.....

— ; Oh ! os conozco bien..... dijo ella gravemente ; y dejando su trabajo, añadió : Entrad, mi hermano va á llegar.

Puesta en pié, la castellana perdía parte de su prestigio. Era muy pequeña y andaba con un contoneo poco gracioso, que desairaba su linda cabeza, finamente entonada con su pequeña gorra de Arles y su ancho pañuelo de muselina blanca, que formaba azulados pliegues. Entraron. La habitacion de aquellos campesinos tenia gran apariéncia. Apoyábase en una torre arruinada, pero que conservaba el escudo de armas, de piedra, encima de la puerta, que en parte cubria una mampara de carrizos, que crujían al sol, y una gran tela á cuadros, tendida como cortina á causa de los mosquitos. La sala, que debió serlo de armas en otro tiempo, tenia blancas las paredes y el techo agujereado; estaba adornada con una antigua chimenea que le daba carácter, y no recibía la claridad más que á través de pequeños vidrios verdosos y de la cortina de la entrada.

En aquella media oscuridad se distinguía el suelo de madera negra, á manera de sarcófago, esculpido de espigas y de flores, y coronado con su panera de claraboya y campanillas moriscas, en la que el pan se conserva fresco, como en todas las casas de campo provenzales. Dos ó tres imágenes de vírgenes y santas, y la de la Tarasca; una pequeña lámpara de cobre de forma antigua, colgada de una hermosa *noque* de madera blanca, tallada por un pastor, y el salero y la harinera, colocados á ambos lados de la chimenea, completaban el adorno de la ancha sala, con un caracol marino para llamar los animales, y cuya concha brillaba sobre la cobertura del hogar. En medio de la sala habia una gran mesa rodeada de bancos y taburetes. Del techo pendían sartas de cebollas, ennegrecidas por las moscas, que se removían haciendo un sordo ruido cada vez que alguien levantaba la cortina de la puerta.

— Descansad, señor y señora; vais á merendar con nosotros.

En aquel país se merienda al aire libre, en el sitio mismo donde se trabaja; bajo un árbol, cuando lo hay; á la sombra de una rueda de molino ó en un hoyo; pero Valmajour y su padre trabajaban cerca, en su propia tierra, y merendaban en su casa. La mesa estaba puesta, y la merienda se componía de olivas, de una ensalada de lechugas reluciente de aceite, y en la canasta de junco, donde se colocaban las botellas y los vasos, Roumestan creyó ver algo de vino, por lo que preguntó:

— ¿Aun conservan VV. la viña por aquí?

Dijo esto con el aire más amable que pudo, para ver si humanizaba á la extraña y ruin campesina; pero al oír la palabra viña, brincó cual pudiera una cabra picada por el escorpion, y su voz subió de un golpe al diapason de la furia.

— ¡La viña! ¡Ah, sí, lindamente!.... Les quedaba algo de viña.... De cinco no pudieron salvar más que una; la más pequeña, y eso á condición de tenerla sumergida seis meses en el agua, que les costaba los ojos de la cara; y todo esto ¿por qué? ¿quién tiene la culpa? Los rojos, esos puercos, esos monstruos de rojos y su república sin religión, que habia desencadenado sobre el país todas las abominaciones del infierno....

A medida que hablaba con tanta pasión, sus ojos parecían más negros, de un negro más siniestro; su linda cara, trastornada, hacia muecas; torcíasele la boca; las cejas formaban un nudo apretado en medio de la frente. Lo más extraño es que, aunque su cólera aumentaba, no dejaba de preparar el fuego y el café para sus hombres, yendo y viniendo, y ocupadas las manos con el soplador y la cafetera, ó con sarmientos encendidos de la chimenea, que blandía mientras hablaba, cual la antorcha de una Furia. De pronto se humanizó y dijo:

— Aquí está mi hermano....

Apartóse la rústica persiana, inundó la luz la sala, y entró Valmajour seguido de un viejecillo sin barba, calcinado, contorneado y negro como un sarmiento enfermo. Eran el padre y el hijo, y ni uno ni otro se conmovieron más que Oliverta al ver á los visitantes que recibían. Después de los primeros cumplimientos, sentáronse en torno de la mesa, agregando á las aceitunas y á la aceitosa ensalada las vituallas que los viajeros llevaban en la berlina. Al verlas, los ojos del viejo Valmajour, que debía ser tragon, echaron chispas de regocijo. Roumestan, que no volvía en sí viendo la poca impresión que producía en sus compatriotas, habló en seguida del gran éxito alcanzado el domingo en las Arenas. ¡Aquello sí que debió haber agradado al viejo!....

— Ciertamente, ciertamente, murmuró el viejo clavando las olivas con la punta de su cuchillo.... Pero también yo, en mi tiempo, obtuve premios de tamborilero.

En su maligna sonrisa se veía el mismo torcimiento de boca que en la de su hija habia producido la cólera algunos momentos ántes. Los hombres merendaban en la mesa; la mujer, muy tranquila en aquel momento, estaba sentada sobre las baldosas del hogar, con el plato en la rodilla; porque, aunque dueña de la casa, y dueña absoluta, seguía la costumbre provenzal, que no consiente á las mujeres sentarse á la mesa con los hombres. En aquella postura humilde escuchaba atentamente lo que decían, y meneaba la cabeza oyendo hablar de las fiestas de las Arenas. No le gustaba el tamboril que tocaba su padre.... Su madre habia muerto de la mala sangre que le hizo la música del papá.... «Todo eso, ya sabeis, son oficios tontos, que distraen del trabajo y cuestan más dinero que producen.»

— Pues bien; que venga á París, dijo Roumestan, y os respondo que con su tamboril ganará dinero.

Ante la credulidad de la campesina, él procuraba explicar

lo que eran los caprichos de París, y hasta qué punto los pagaba caros. Contóles los antiguos triunfos del tío Methurin, que tocaba el violín en la *Clocerie des genets*. ¡Y qué diferencia tan grande no hay entre el violín breton, grosero, chillón, hecho para los bailes de los esquimales, á orillas de la mar salvaje, y el tamboril de Provenza, tan esbelto y elegante! Todas las parisienses perderían la cabeza; todas querían bailar la paretola.... Hortensia también se mezclaba en la conversacion, mientras el tamborilero sonreía vagamente y alisaba su bigote con gesto que no desdeñara el vencedor del bello Nicolas.

—Pero, en fin, ¿qué pensais que podría ganar con su música? preguntó la campesina.

Roumestan se quedó pensativo, no acertando á fijar la cantidad; pero al fin dijo:

—Entre trescientos cincuenta y doscientos francos.

—¡Cada mes! preguntó el padre, entusiasmado.

—No, cada día.

Los tres campesinos se estremecieron y cambiaron ávidas miradas. De otro que no fuera el señor Numa, diputado, miembro del Consejo general, pudieran suponer una farsa; pero de tal señor la cosa les parecía seria.... ¡Doscientos francos diarios! ¡Caracoles, y qué ganga!.... El músico está ya dispuesto. La hermana, más prudente, quisiera que Roumestan les firmara un papel; y dueña de sí misma, con los ojos bajos, temerosa de que su afán de lucro le hiciera traición revelándose en ellos, discutía con voz hipócrita, aunque con ademán solemne. Valmajour, decía ella, hacia mucha falta en la casa. Él cultivaba la tierra y podaba la viña, porque el padre ya no tenía fuerza. ¡Qué sería de ellos si él se iba! ¡Y qué haría él mismo, solo, en París! De seguro que languidecería. ¿Y qué haría él con doscientos francos diarios, en villa tan grande? Su voz se hacía áspera al hablar de aquel

dinero, que ella no guardaría, que no podría encerrar en lo más profundo de sus arcas.

—Pues veníos á París con él, dijo Roumestan.

—¿Y la casa?

—Arrendarla, venderla.... Cuando volvais compraréis otra mejor.

Una mirada inquieta de Hortensia le detuvo, y como sorprendido por el remordimiento de turbar el reposo de aquella buena gente, añadió:

—Después de todo, el dinero no es toda la vida.... y vosotros sois felices aquí....

Oliverta lo interrumpió con viveza, diciendo:

—¡Oh, felices! la existencia es muy penosa.... Ahora no es como en otros tiempos.

Así diciendo, recomenzó su taravilla sobre las viñas, el bermellón, los gusanos de seda, todas las riquezas del país, que habían desaparecido. Según ella, era necesario tostarse al sol, trabajar como sátiros. Verdad es que podían contar, para lo futuro, con la herencia del primo Ruifourcal, colono en la Argelia, hacia ya treinta años; pero la Argelia estaba tan lejos.... Y de repente, aquella astuta personilla, para reanimar al señor Numa, que ella se acusaba interiormente de haber enfriado un poco más de lo que convenia, dijo á su hermano, con el aire más insinuante é intencionado:

—Valmajour, vaya, ¿por qué no tocas una sonata que dé gusto á esta bella señorita?

La astuta campesina no se habia equivocado en su cálculo, pues en cuanto sonó el tamboril, Roumestan volvió á entusiasmarse hasta el delirio. La escena pasaba delante de la casa: el tamborilero se apoyaba en el brocal de un pozo, á cuyo arco de hierro se enredaba una higuera silvestre que realizaba maravillosamente su talle elegante y el tinte moreno de su fisonomía. Tenía los brazos desnudos, descubierto el pecho, y

con la ropa empolvada del trabajo, habia cierta fiereza y apariencia, más noble aún que la mostrada en las Arenas donde su gracia se engalanó, á pesar de todo, con un barniz teatral. Y los viejos aires del rústico instrumento, poetizados con el silencio y la soledad de un bello paisaje, parecia como que despertaba de su sueño de piedra á aquellas ruinas que doraba el sol poniente. El viento habia caido. El sol, declinando, iluminaba oblicuamente la linea violeta de los montes, y forjaba en las concavidades de las rocas una verdadera apariencia de estanque de pórvido líquido, de oro en fusion, y sobre el horizonte, una vibracion luminosa, las cuerdas tirantes de una lira ardiente, de la que semejaba la sonoridad el canto continuo de las cigarras y el sonido del tamburin.

Hortensia estaba encantada; habiase sentado sobre el parapeto de la antigua torre, y apoyaba los codos en un trozo de columnita, de debajo de la cual salia un raquitico granado, y escuchaba y admiraba, dejando divagar su cabecilla romántica, llena de leyendas recogidas durante el viaje. Imaginábase que veia el viejo castillo levantarse de sus escombros, enderezar sus torres, redondear sus poternas, las arcadas de su claustro, llenas de hermosas de encorcelada cintura y de pálida fisonomía, á la que los grandes calores impiden colorearse. Ella misma imaginábase princesa de Baux, y que el músico que le daba la bienvenida era príncipe tambien, acaso el último de los Valmajour, bajo los hábitos del campesino. Y concluida la cancion, como se dice en las crónicas de los torneos de amor, ella cortó un ramito del granado, del que pendia una flor purpúrea, y la dió por precio de la bienvenida al hermoso músico, quien con mucha galanteria la colgó en los cordelillos de que pendia su tambor.

## VI.

¡ Ministro!

Tres meses han pasado desde el viaje al monte de Cordone. Las cámaras acaban de abrirse en Versálles, bajo un verdadero diluvio de Noviembre, que envuelve ambos Cuerpos Colegisladores en húmeda tristeza y en la oscuridad, pero que no basta á enfriar las cóleras políticas. La legislatura debe ser terrible. Los trenes de diputados se cruzan, se siguen, silban, gruñen, sacuden sus columnas de humo amenazador, animados á su manera por los odios y las intrigas, que conducen bajo torrentes de lluvia; y en esta hora, que podria llamarse del wagon, en la que domina el ruido de la rueda sobre el hierro, continúan las disensiones con la misma aspereza y furor que en las tribunas. El más agitado, el que más bulla mete es Roumestan. Desde la reapertura ha pronunciado ya dos discursos. Habla en las comisiones, en el salon de conferencias, en los corredores, en la estacion, en el restaurant, y hace temblar la bóveda de cristal de los salones de la fotografia en los que se reunen todas las derechas. No se ve otra cosa por doquiera más que su silueta removedora, aunque pesada, sus anchos hombros, temidos por el ministerio que está en tren de derribar segun las reglas, como listo y vigoroso luchador del Mediodía. ¡ Ah, qué léjos están ya el cielo azul, los tamborines, las cigarras, toda la luminosa decoracion de las vacaciones!